



¿Hubiera comenzado su camino la UE sin el respaldo de Estados Unidos? ¿Hubiera empezado a constituirse el bloque de intereses que es la comunidad occidental? En junio de 1963, John F. Kennedy, presidente de Estados Unidos acudía al muro de Berlín. Le acompañaba el viejo canciller, Konrad Adenauer, y el alcalde de la ciudad, Willy Brandt. “¡Soy un berlinés!” clamó el presidente americano ante el muro que partía la ciudad. Era más que un gesto: se trataba de recordar el vínculo que unía a los occidentales —enemigos del nazismo pero también del comunismo— a uno y otro lado del Atlántico. Sin la alianza de fondo que representaba la comunidad de Estados Unidos en Europa occidental, otro hubiera sido el curso de los acontecimientos. El plan Marshall primero, el bloqueo de Berlín dos años después, la constitución de la OTAN, el viaje de Kennedy... toda una serie de pasos que marcan el rumbo, más allá de la administración del momento. La indignación gaulliana —“Europa no puede ser un protectorado americano”— es justa; expresa lo que muchos piensan y no se atreven a decir. Pero los ataques de de Gaulle procedían de un aliado leal, que no quería dejarse atropellar por la superpotencia. De esa actitud provino la fuerza nuclear francesa, siempre en alianza con Estados Unidos pero independiente de él, “disuasión del pequeño frente al grande”, de Francia frente a la URSS.

Por qué defiende la Unión Monetaria

Helmut Schmidt

EL principio de una unión monetaria, igual que el principio básico de la integración europea, no tiene fines ni motivos fundamentalmente económicos, sino más bien político-estratégicos. Ya en 1946, Winston Churchill, en el discurso, de gran alcance, que pronunció en Zurich se basó en los motivos político-estratégicos que para él eran decisivos en aquel momento:

– En Europa Occidental había que crear un contrapeso ante el amenazador poder de la Unión Soviética y la dilatada expansión del imperialismo soviético.

– Alemania debía vincularse a una unidad económica y política mayor. Aunque Alemania estaba hundida, considerablemente destruida y políticamente desorganizada y dividida, Churchill previó la reconstrucción alemana y el posterior aumento de su importancia.

Estos dos motivos impulsaron a Churchill a dirigirse a Francia e invitar a los franceses a seguir la iniciativa de la reconciliación con Alemania. Por los mismos dos motivos, al menos por estos dos, Jean Monnet intervino en Francia en favor de la integración europea. Sus esfuerzos (apoyados además en su día por John McCloy como alto comisario estadounidense) llevaron en 1950 al plan Schumann, del cual se derivó la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). La CECA llevó en los años cincuenta a la Comunidad Económica Europea (CEE) y después a la Comunidad Europea (CE). Hubo un tercer motivo que influyó cada vez más en esta evolución progresiva: un rápido desarrollo económico y un nivel de vida general más alto gracias a la creación del Mercado Común.

Este motivo económico desempeñó un papel decisivo para los Estados europeos que fueron ingresando a lo largo de la década en la primitiva Comunidad de sólo seis Estados o que tenían intención de entrar en un futuro. Pero el motivo económico no sólo es importante para Gran Bretaña, Irlanda, Dinamarca, España, Portugal y Grecia; no sólo para Suecia, Austria y Finlandia; no sólo para Polonia, la República Checa, Hungría, la República Eslovaca (y

Helmut Schmidt, ex Canciller alemán, es miembro del Comité Asesor de Hermes.

posiblemente después para más países), sino también para los Estados fundadores: Alemania, Francia, Italia y los tres Estados del Benelux. Además de este motivo económico, para los países que van a ingresar a corto y largo plazo, la cuestión de las relaciones políticas es otro factor a tener en cuenta. En el caso de Gran Bretaña, que hasta ahora se ha mostrado casi siempre indecisa, también es importante el deseo de poder hacer valer su influencia en el marco de esta unión cada vez más fuerte que tiende a la integración.

La caída de la Unión Soviética, la unificación de Alemania, la liberación de una serie de Estados en Europa central y del Este hasta entonces bajo el dominio de Moscú, así como la integración económica mundial de bienes y de capital imprevisible en décadas anteriores, han hecho comprender a lo largo de los años noventa que los Estados europeos más pequeños, e incluso los Estados medianos como Francia, Alemania, Gran Bretaña e Italia, no pueden pretender ser capaces de defender eficazmente en el futuro sus intereses a nivel mundial. El reconocimiento de este hecho también se puede aplicar a los problemas comerciales en el marco del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), a los problemas monetarios (tanto en el marco del Fondo Monetario Internacional –FMI– como fuera del mismo), a los problemas de ayuda al desarrollo, de la política de desendeudamiento y de créditos, de la contención de la explosión demográfica, de la política de energía y medio ambiente, etc.

Estas reflexiones pueden resumirse en una nueva razón para la integración europea. El cuarto motivo se deriva, por lo tanto, de la idea de que los Estados europeos de forma individual e independiente no pueden hacer valer su autoridad suficientemente ni pueden crear un contrapeso ante superpotencias económicas como la zona de libre comercio americana de EE UU con Canadá y México (TLC), el foro de Cooperación Económica del Asia-Pacífico (APEC, siglas en inglés) o la futura China.

Los cuatro motivos que acabo de mencionar y que han llevado al desarrollo de la integración europea hasta convertirse en la actual Unión Europea (UE) y a su futura ampliación han tenido un significado tan importante para los dirigentes europeos que una serie de crisis graves –y extremadamente graves– del proceso de integración se han logrado superar gracias al propio interés de los Estados. Únicamente el primer motivo –la creación de una barrera frente a la Unión Soviética– ha perdido su sentido desde 1990; aunque ante Rusia no carece completamente de sentido. El tercer motivo –las ventajas económicas– ha adquirido mayor relevancia en las tres últi-

mas décadas para casi todas las naciones miembros y su peso seguirá aumentando. El cuarto motivo –la creación de un contrapeso suficiente en la política internacional– probablemente tenga cada vez más sentido a finales de este siglo y a principios del siglo XXI.

Para los alemanes, el segundo motivo, es decir, la vinculación económica y política de Alemania, tiene una importancia decisiva. Este factor ha desempeñado desde el principio un papel crucial para todos nuestros Estados vecinos; el sorprendente desarrollo económico y político de la antigua República Federal de Alemania hizo que este motivo fuese pesando cada vez más hasta finales de los años ochenta. Desde la unificación alemana, desempeña un papel predominante ante las perspectivas político-estratégicas de las clases políticas de nuestros vecinos.

Independientemente del deseo de todos ellos de ver cómo Alemania se involucra política y económicamente, su vinculación tiene un interés vital para nuestra nación y para nuestro Estado. Para entender bien esta afirmación es necesario echar un vistazo a nuestra situación geopolítica y a nuestra historia en las últimas nueve o diez décadas.

Geopolíticamente, Alemania se encuentra en una situación casi única: tenemos muchos más vecinos directos y menos fronteras naturales (geográficas) que ningún otro Estado europeo; sólo Polonia se encuentra en una situación geopolítica tan desfavorable. Quien eche una ojeada al mapa de Europa se dará cuenta de hasta qué punto están mejor situados geográficamente los franceses, los italianos, los ingleses, los españoles, los holandeses y demás.

Históricamente, la situación geopolítica central de Alemania ha tenido como consecuencia que, por un lado, haya sido con frecuencia el objetivo de ataques centrípetos y, por otro, que a menudo se hayan producido ataques centrífugos desde Alemania y en dirección a los límites del pequeño continente europeo. Respecto a los ataques centrípetos, uno se acuerda de los romanos, de los vikingos, de las tropas de caballería de Asia central, de los turcos, de los suecos (bajo Gustavo Adolfo), de los franceses (bajo Luis XIV y bajo Napoleón) o de los rusos (bajo Catalina, Nicolás y Stalin). Todos ellos se aprovecharon de vez en cuando de las debilidades alemanas. A su vez, en la Edad Media, los alemanes atacaron muchas veces Italia, el actual Israel a través de Turquía, los actuales Estados bálticos, la antigua Prusia Oriental, Polonia, tres veces Francia desde la mitad del siglo pasado, y casi todos los países de Europa durante el régimen de Adolfo Hitler. Aunque Guillermo II no fue, ni mucho menos, el

único culpable del estallido de la Primera Guerra mundial (sino que la "culpa" fue compartida por varios países), se debe responsabilizar a su época de crear una coalición de casi todos los Estados europeos contra Alemania.

En la Alemania unida, la cantidad de alemanes equivale a casi una vez y media la de franceses, británicos o italianos, a dos veces la de polacos, a más de cinco veces la de holandeses y a ocho veces la de checos. Quien en vista de esta relación numérica actual, en vista de nuestras experiencias históricas y de nuestra estable situación geopolítica quiera impedir una repetición (de cualquier clase) de las coaliciones fundadas en contra de Alemania, deberá ser partidario de vincular nuestro país a la gran liga europea. Y no sólo a través de pactos, sino también —y eso es más importante todavía— con el pleno convencimiento de nuestro pueblo. Desde Konrad Adenauer, todos los cancilleres federales han aceptado esta máxima (y la han expresado de forma clara ante el Parlamento y ante la opinión pública). Y así debe seguir.

En cambio, todos los argumentos económicos (y pseudoeconómicos) que han expuesto grupos de intereses, profesores, o incluso el Bundesbank en contra de un mayor avance de la integración europea tienen *a priori* menos peso. Lo mismo se puede decir de todos los argumentos en contra de una unión monetaria. Los orígenes del nacionalismo del marco alemán, claramente reconocibles a pesar de su experto camuflaje, son el nacionalismo.

Indudablemente, debemos defender a ultranza un orden monetario estable y una política estable de la Unión Europea. Indudablemente, para este fin, debemos defender la independencia política del futuro Banco Central Europeo (BCE). Hasta aquí, el correspondiente contenido del tratado de Maastricht es plenamente satisfactorio. Pero precisamente si el futuro BCE es independiente, el argumento de que una moneda europea y un Banco Central Europeo necesitan un gobierno de la UE políticamente competente se convierte en absurdo: ¿cómo es posible que una moneda común necesite una instancia política superior si el banco monetario es políticamente independiente? De la misma manera, la exigencia de que la futura moneda común, el euro, deba ser "al menos" tan estable como lo es hasta ahora el marco alemán es una exageración absurda.

Es fácil entender que algunos gobernadores de bancos de emisión europeos y sus empleados defiendan estos argumentos que en el fondo pretenden dar largas a la creación de un BCE que esté por

encima de ellos, porque en ningún lugar del mundo un político o un burócrata luchan por recortar su propia competencia en beneficio de la de una autoridad superior. Pero en el caso de que estas fuerzas de contención y el nacionalismo del marco alemán se impusieran desde el periódico *Spiegel* hasta el *Bild*, se produciría a lo largo de los próximos diez años —o como máximo en los próximos quince años— una situación en la que los grandes bancos, empresas aseguradoras y reaseguradoras, así como entidades de financiación alemanas de toda clase alcanzarían una situación dominante en el mercado europeo. Ya hoy, algunos hablan llenos de orgullo del marco alemán como de la "moneda ancla". Quien pueda prever ya el enojo común de todos nuestros vecinos, quien pueda predecir ya las consecuencias políticas que se derivan de ello, deberá luchar para que las disposiciones del tratado de Maastricht en los asuntos relativos a la unión monetaria se hagan realidad de acuerdo con el tratado.

Además, un mercado común con quince monedas distintas e innumerables tipos de cambio no es un mercado común, sino que sólo tiene de común el nombre. Los actuales costes de transacción en el seno del actual Mercado Común, dividido en más de una docena de zonas monetarias, ascienden anualmente a unos 30.000 millones de marcos alemanes, según la Comisión Europea con sede en Bruselas: 30.000 millones de marcos alemanes en costes superfluos. Y casi ninguna de estas monedas tiene ninguna esperanza ante las fluctuaciones del tipo de cambio del poco saludable dólar americano y, posiblemente en un futuro, tampoco ante las del yen. Los alemanes tenemos un interés económico apremiante en un mercado común en pleno funcionamiento por el tercer motivo que he mencionado antes. Y de la misma manera, los alemanes tenemos un interés apremiante que se ajusta al cuarto motivo, es decir, un interés en la creación de un contrapeso suficiente frente a los nuevos bloques económicos de EE UU/Canadá/México y el foro de Cooperación Económica del Asia-Pacífico.

Pero si no se consigue una moneda común, ni un banco central común, ni una política monetaria común, la UE decaerá y se convertirá en una mera zona de libre comercio con algunos apéndices estructurales y sería posible que se produjese un nuevo aislamiento de Alemania.